



Alonso Zamora Vicente

Pesadillas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Pesadillas

El luto más cercano y rígido por mi madre lo pasé en casa de mi tía Rosa, su hermana mayor, que no se reía nunca. Vivía en Arganda del Rey, cerca de Madrid, entregados ella y su marido, Gregorio, a cuidar sus olivos, sus vinos, sus fábricas de esto y de lo otro. También tenían, de vez en cuando, otros sobrinos, un rebaño de granujas, decía Elisa, que iban a ver qué sacaban de allí. El tío Gregorio me enseñó a hablar por teléfono, a buscarle cuando le llamaban, a darle vueltas a la manivela para pedir número con Madrid y a hacer montoncitos de dinero para pagar a los obreros los sábados. Algunas tardes me llevaba de paseo al Cerro de la Horca, cuesta empinada de guijarros, unos pinos en lo alto, campo sosegado a lo lejos, el pueblo entero abajo. Desde allí me explicaba [54] chismes del lugar, de quién era aquella viña, de quién aquel maíz o la noria del otro bancal, y gruñía siempre contra el genio de tu tía, es una mandona, no hay que hacerla caso, que la zurzan, se va a morir de asco cualquier día. Me enseñó la fábrica de azúcar de La Poveda, y las obras de la traída de aguas, y los vagones nuevos del tren, con retrete, y me contaba largas historias de diligencias y ladrones, de viajes a América, de los mambises de Cuba, de la abuela de la Reina, y muchas cosas más que aún a veces me suenan a su voz, ligeramente rota, y me traen sus ojos, pequeñitos detrás de unos gruesos cristales, y su cinturón de cuero repujado, hebilla de Filipinas y sitio para el cuchillo, lo mejor de Albacete, lo compré en el tren cuando fui a los baños de Archena, le cortarían bien a gusto la lengua a tu tía con él.

El tío Goyo era bajito y gordo. Jadeaba mucho al andar. Una tarde que subimos al Cerro de la Horca, a mitad del camino se sentó en una piedra, apenas podía hablar: No puedo más, baja a casa, avisa, que vengan. Corrí cuesta abajo, y en el jardín estaba la tía Rosa con otras señoras del pueblo que le hacían una visita, muy serias, con grandes mantillas, olor de naftalina envolviéndolas. No me dejó hablar siquiera. Empezó a gritos: Te has escapado, eres un bribón, tu tío te estará buscando, y me daba bofetadas y pellizcos. Yo me escapaba muerto de susto, mi tía parecía más alta entonces y como si me quisiese matar. Me escapé, llorando, [55] [56] y le conté al mozo de la oficina lo que le pasaba al tío. Le trajeron un gran rato después, le acostaron, el pecho subía y bajaba deprisa bajo las sábanas, con un ruido lejano y confuso, de grifo con aire, de lavabo vaciándose, algo frío y asqueroso a la vez, con mezcla de metales, y cayéndose. Ya decía yo que no subiera, claro, pero es el niño, natural, el niño, este mocoso que habrá querido subir al Cerro, y este niño, y otra vez este niño va a ser la perdición de mi casa, y me pegaba la tía un empujón al pasar, o un tirón de pelo, o, lo que más le gustaba, un capón con los nudillos, con aquella mano larga, crujiente, afilada, que dolía. Y el tío Goyo me miraba, le veía yo que me miraba sin encontrarme (le habían quitado las gafas, parecía otro), y no decía nada, no podía decir nada, ahogándose. La habitación estaba oscurecida, mi hueco era la puerta, el tío se asfixiaba, corrían, venían, la tía me pegaba, y afuera todo el viento entero, consumiéndose.

[55]

No dejó de gritar, de acusarme de su desgracia. Me acostó sin cenar. Apretada la cabeza contra la almohada, yo lloraba largamente. Y cállate, ya estoy harta, y me golpeaba a ciegas, en lo oscuro. Entraba solamente a eso, de cuando en cuando. El tren de las nueve. Se podría ir a casa en él, pero no tengo mis cosas recogidas, y el tío está malo. ¿Qué haces destapado?, y otro puñetazo, y ya no se sabe si viene, si se ha marchado o está encima acechando, golpeando. Es de noche y no veo el reflejo de la calle, tengo hambre, no sé qué será eso que me [57] duele por las piernas. Un bicho, sí, será un bicho. Gritos. Me duele la cabeza ahora, estoy viendo el perro aquel que mató el tren en las agujas, y lo veo levantarse con las tripas fuera, me va a manchar, no, no, no. No. Otro golpe. Vienen no sé de dónde, pero alguien. Debo de sangrar por las narices, el tío Goyo no subió el Cerro por mi culpa, no, fue él quien lo propuso: Anda, siete añazos, vámonos arriba, ¿es que no lo oye? Hola, María, ¿vas a la fuente de la plaza por agua?, déjame ir contigo, te prometo no quedarme a jugar en el atrio con los chicos del sacristán, pero llévame. Llévame. No me pegues más. No he hecho nada. Se lo diré a mi padre. Claro, claro que se lo diré, me llevará con él. Otra vez el perro. Viene. No puedo correr. Esta pierna. Ah, es el mar, el mar de Alicante. Y Elisa y Paco que me están pegando, y más gritos. No me apretéis el cinturón tanto. Hay mucho humo de aceite, me voy a ahogar. Abre la ventana. Tengo miedo. Esa araña no es buena: es negra, venenosa. Y tiene manos. Aprieta y... Quiero irme. Alguien da vueltas a mi alrededor, se acerca, se marcha, vuelve. Martillazos en el yunque. Las chispas de hierro rojo me caen en las sienes, están frías. Suena el reloj, tío, no lo atrases, que se haga de día, ¿por qué te ríes, tío? Te han llamado al teléfono desde Perales, que no llegarán hoy los bidones. Mi padre me traerá un cochecito con cuerda que me prometió. Pero no, no me pegues más. Un auto, un auto. Me coge, me coge. Deslumbramiento repentino. Caigo en algo [58] muy negro, muy hondo, sigo cayendo, cayendo, no puedo parar. Ya. Están a punto de chocar dos trenes afuera. Veo a todos los chicos del pueblo correr, indecisos primero, luego con grandes accesos de risa, de súbita vehemencia. Más de prisa todavía, negro abajo, abajo, sin parar, dónde estará el fondo. Vómito, hipo, sed. No me pegues, por favor. Luz vivísima, tensión para oír, sin oír, sin ver nada. Me pisotean los chicos, todos pasan por encima de mí, y... No me quisieron llevar al entierro de mamá y me estoy aburriendo en este funeral tan largo. Huele mal la ropa teñida. No me gustan, y que no. Antonia y su novio están abrazados detrás de la puerta y la tía Rosa los va a ver. La tía Rosa me pega mucho, pero se lo diré. A mi padre. Se lo diré el domingo, cuando venga. Cuando venga, y me traerá el auto, y me preguntará si estoy bien. Negro todo otra vez. Callado. Como cuando reventé el globo. Ay, debía estar soñando, no me pegues más, no quiero, tampoco besos, ni caramelos, ni nada, solamente quiero irme a casa, irme a casa, quitarme de encima ese baúl, yo no rompí el plato grande, no quiero ver al ahorcado en el olivo, tengo miedo, no se enciende la luz, la tía Rosa, la luz otra vez, no encuentro la llave, no hay llave, anoche sí estaba. Y se va la noche, despacísimo, veloces triángulos de luz sobre el techo cada vez que pasa un auto por la carretera, ruido creciente, luego se va, aprisa, y de nuevo el silencio y mi lloro, no oigo jadear al tío, si se habrá muerto, agua, agua, tengo sed, hay un [59] clamoreo de animales en el cuarto de al lado, lobos, perros, cerdos, gatos, quizá otros aún peores que no sé nombrar en el otro cuarto, angustia, quiero orinar, pero no me pegues, que me levanto sólo para orinar. Y hay un hilito gris, consuelo claro, en la ventana.

El tren de las siete. También va a Madrid, también me podría ir a casa. Me duele mucho la cabeza. Va entrando callada una luz suave, y empieza a no oírse tan bien como en lo oscuro. Crece la luz, ya hay varias rayas de sombra en el techo. Carros, hombres, autos

patas arriba andan encima de mí, sonando al otro lado del muro. Ya veo las manchas del suelo, aquella flor gastada del baldosín del rincón, junto a la alacena. Huele a medicinas. El tren se marcha. Releo los números de los ascendentes en la pizarra negra, bajo el reloj, y distingo las botazas del cartero. El pito del jefe de la estación, el del furgón, ya arranca. No puedo mover esta pierna. La almohada, húmeda. No se oye nada, me levanto, voy poco a poco al cuarto del tío, está abierto, miro, el tío está sentado en la cama y me ve llegar, tiene las gafas puestas ya y me sonrío, me pone una mano en la cabeza, iremos a los toros el domingo, a la plaza, y vuélvete a la cama que no te vean levantado, y llanto silencioso, irrefrenable y sin pena, pasa un auto grande por la carretera, la casa tiembla, ladran perros, su mano en mi hombro, aquiescencia cómplice, y ya la noche lejos, huyente pesadumbre, y la mañana tan nueva, tan alegremente repetida.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

